

VENENO SILVESTRE

177

ELIZABETH DALY



COLECCION

Rastros

Mientras que todas las emisoras de radio hablan de la proximidad de la guerra, Henry Gamadge está de regreso en Maine, esta vez por invitación del detective Mitchell, a quien tan acertadamente ayudó en *Unexpected Night*. Mitchell tiene un puzzle real entre manos: tres niños diferentes han sido envenenados con la letal hierba mora (*solanum nigrum*), y no hay nada que podría vincular los tres envenenamientos, al margen del hecho de que los niños vivían todos en la misma pequeña comunidad. ¿Podrían estar implicados los gitanos que estaban acampados cerca? ¿Y fue la muerte de un policía estatal, casi al mismo tiempo, una mera coincidencia? Gamadge y Mitchell eventualmente contestarán todas estas preguntas, a la vez que desentierran algunos escándalos. Elizabeth Daly pinta una imagen de una pequeña comunidad a finales del verano y justo antes de una guerra mundial.

CAPÍTULO 1

La noche del viernes ocho de septiembre se hallaba Henry Gamadge sentado junto a la ventana abierta de su estudio haciendo varias cosas a la vez. El índice de su mano izquierda acariciaba con suavidad un amarillo fragmento de papel, en el que se veía una vieja firma; sus ojos se apartaron del papel para fijarse en el gigantesco árbol que se elevaba en el jardín, y su mano derecha llevaba cucharadas de pomelo a su boca. Las últimas noticias le llegaban desde el aparatito de radio que tenía a su lado; del jardín se elevaba hacia él el aroma de las flores y la brisa le llevaba los acordes de *Norma*, ejecutada a lo lejos por un organillo callejero. Con todos sus sentidos así ocupados, el señor Gamadge podía considerarse bastante dichoso.

Contaba unos treinta y dos años de edad, aunque a veces parecía más joven, y su rostro de expresión amable se veía iluminado por un par de inteligentes ojos grises. Vestía bien, pero solía sentarse de manera rara y se balanceaba mucho al caminar; además, trataba en lo posible de pasar siempre inadvertido. No le molestaba en absoluto la soledad.

Una vez que hubo terminado el pomelo volvió a fijar la vista en el viejo autógrafo que tenía ante sí y se echó hacia atrás para mirar a su alrededor como si buscara inspiración en lo que le rodeaba. El estudio tenía casi el mismo aspecto que en 1873 cuando lo amueblaron los padres de Gamadge. Todavía cubría el piso una antigua alfombra de Esmirna, las bibliotecas se elevaban hasta el techo, un antecesor

que lucía una casaca de color castaño y una peluca le miraba desde su sitio sobre la repisa de la chimenea, los muebles sólidos y bien tapizados invitaban al reposo. Sobre el alféizar de la otra ventana reposaba un gato moteado.

El estudio era también el comedor de Gamadge, quien había convertido toda la planta baja de la casa en una especie de local de negocios, donde se dedicaba a su ocupación de experto en volúmenes, manuscritos y autógrafos antiguos. Por su parte, había escrito un libro sobre el tema que captó el interés del público profano, y sus ocasionales artículos, publicados en las revistas, no sólo aterrorizaban a los falsificadores, sino también intranquilizaban a los coleccionistas.

Algunos afirmaban que su libro era mejor que una novela de misterio, y ya el verano anterior le habían obligado las circunstancias a representar el papel de detective. El escenario fue Maine y su colaborador el detective Miller, hombre maduro y de adusta personalidad con quien simpatizara mucho.

A menudo pensaba en Mitchell, y al fijarse ahora en un cuadrito japonés, volvió a recordarlo.

El teléfono que estaba en el *hall* comenzó a llamar. Al cabo de un momento cesó el campanilleo y Gamadge apagó la radio. A poco entró un anciano con una bandeja en la que reposaba una taza de café.

—Le llamaban a usted, señor Gamadge —anunció—. No, no; tome su café. Les dije que volvieran a llamar dentro de diez minutos.

—Desearía que no impusieras esas reglas, Theodore. ¿Te molestaste en averiguar quién era antes de cortar?

—Larga distancia. No salte así de su sillón. Volverán a llamarnos. Instale un teléfono aquí y recibirá todas sus llamadas en cuanto lleguen.

—Quiero recibirlas ahora tan pronto lleguen. Pueden ser clientes.

—¿Y qué me dice de los que se equivocan y llaman a todas horas? Entonces se enfadaría.

El teléfono volvió a llamar y Theodore salió para volver a poco y anunciar en tono de descontento:

—Es la policía y no quiere cortar.

—¿La policía?

—Sí. De Maine.

Gamadge se puso de pie y salió rápidamente hacia el hall. Una voz monótona le dijo al oído:

—Lamento haber interrumpido su cena, señor Gamadge. Habla Mitchell.

—¡Mitchell! En usted estaba pensando. ¿Dónde se encuentra?

—En Lord's Center.

—¡Ah! ¡Cuánto me agradecería estar allí!

—Pensaba sugerirle que viniera a pasar el fin de semana. Es la mejor época del año, ahora que se ha ido la gente del veraneo.

—Muy amable de su parte, ¿pero no está un poco loco? Está demasiado lejos para ir a pasar un fin de semana. Nadie lo hace.

—Es facilísimo. Podría tomar el tren de las veintidós y estar aquí a las siete y media de la mañana. Para el regreso tiene el de las veintidós del domingo y llega a su casa el lunes temprano.

—Ya lo sé, ¿pero por qué habría de hacerlo?

—¿Está ocupado?

—Ocupado escuchando la radio.

—Yo no tengo tiempo para esas cosas. ¿No leyó en los diarios que hemos tenido ciertas dificultades?

—¿De qué naturaleza?

—Unos chiquillos que ingirieron bayas venenosas: Dulcamara.

—Espere un momento; creo que ayer leí algo al respecto. Decía: «Accidente fatal». ¿Estaban de pic-nic?

—No. No sabemos cómo consiguieron las bayas. Uno de ellos era el hijo más pequeño de Albert Ormiston, que está en Harper's Rock. ¿Sabe quién es?

—Por cierto que sí. El artista.

—Eso mismo. El niño se recuperó y ya está bien. Se envenenó también la hija de Carroll Bartram. Ella no pudo salvarse. Creemos, que quizá también las haya comido uno de los niños gitanos, pero ninguno de éstos quiere admitirlo.

—¿Por qué no?

—No me pregunte eso cuando se trata de gitanos; nunca admiten nada. Fuera lo que fuese, el niño ha mejorado y pronto estará bien del todo, según me dicen. La hijita de los Beasley, esos granjeros, comió algunas y dejó caer varias. No hemos podido hallarla y pensamos que debe haberse extraviado e ido al pantano.

—¡Cielos!

—También ha desaparecido su gato.

—¿Su gato?

—Un gato barcino que solía seguirla a todas partes.

—¡Qué raro! Y no me gusta eso de los gitanos. Se les atribuye demasiado romanticismo.

—Los nuestros no tienen nada de romántico, señor Gamadge.

—¿Qué ha pasado allá? Ni siquiera sabía que esa planta creciera en esta parte del mundo.

—Sin embargo, así es. La mitad de la comunidad está ocupada arrancando las que encuentra, que no es mucho, y la otra mitad está dispuesta a echar la culpa a los gitanos. Le aseguro que tenemos entre manos los comienzos de una revolución.

—¿Por qué culpan a los gitanos?

—Se lo diré cuando venga. No sé, sinceramente, si tuvieron algo que ver con el asunto. El *sheriff* le manda saludos y espera que se decida a hacer el viaje.

—Gracias, pero...

—No puedo recomendarle el Pegram House, que es donde me alojo yo, pero hay una buena hostería entre Ford's Center y Oakport, en la ruta principal. La tienen abierta todavía para los cazadores. Podría conseguirle una habitación en ella.

—¿Se refiere a Burnsidés?

—Sí. La comida es muy buena.

—Ya la conozco. Lo que quiero saber es por qué me pide que vaya.

—No podemos descubrir cómo llegaron las bayas a manos de los niños.

—Pero ustedes conocen todos los detalles. ¿De qué les serviría yo?

—Pensamos que podría ver algo que se nos ha pasado por alto. Podría usted hablar con las familias...

—¡No, gracias! La última vez que hablé con las familias ya sabe lo que pasó. Aún no me recuperé.

—Esto es otra cosa. Además, sería un favor para mí; tengo poco personal.

—¿Y eso a qué se debe?

—¿Recuerda al joven Trainor?

—Muy bien. Buena persona.

—Aquella misma noche patinó su motocicleta y se mató.

—¿Qué noche?

—La del martes, cuando ocurrió todo.

Gamadge guardó silencio durante un momento.

—Lo lamento —dijo al fin.

—Lo lamentan muchos. Era un agente muy popular.

El gato moteado, que iba hacia el *hall* para atender algún asunto de urgencia para él, se detuvo a fin de restregarse contra la pierna de su amo. Gamadge lo miró con expresión meditativa.

—Uno de tu raza parece haberse perdido, viejo —le dijo—. ¿Te parece que vaya a buscarlo y a averiguar lo que le ha pasado? Es un barcino.

El felino pasó y repasó sinuosamente entre las piernas de Gamadge. Mitchell preguntó con extrañeza:

—¿A quién está consultando?

—A mi familiar. No me aconseja que haga el viaje. No ha lanzado ni un maullido.

—El gato, ¿eh? Pues bien, dígame que este asunto está lleno de gatos. Son siete hasta ahora. Dígame...

—¿Qué dices tú, Martín? —preguntó Gamadge.

El gato se levantó de pronto en dos patas y se prendió de los pantalones de su amo, maullando agudamente. Gamadge se lo quitó de encima y dijo con súbita decisión:

—He cambiado de idea. Tomaré el tren de las veintidós.

—¿De veras? —exclamó Mitchell en tono jubiloso—. Entonces no lo demoro más. Tendrá que hacer sus preparativos.

—Espere un momento. Quisiera saber...

—Se lo diré todo cuando lo vea. Hasta mañana.

Así diciendo, Mitchell cortó la comunicación. Con el ceño fruncido, Gamadge colgó el tubo en la horquilla, se quedó meditando por un momento y volvió luego a la biblioteca. Theodore estaba levantando la mesa seguido por Martín. El criado había colocado en un estante el autógrafo que estuviera estudiando su amo. Éste lo tomó por las esquinas.

—¿Dónde está Harold? —inquirió.

—En la cocina, señor.

—Dile que venga. Y prepárame una maleta para el fin de semana; tengo que ir a Maine. ¿Guardaste el diario de la tarde?

Theodore se lo dio y Gamadge se puso a estudiarlo hasta encontrar un breve párrafo en una página interior. «Envenenamientos con dulcamara en Maine», rezaba el título. «Cunde el pánico en la comunidad. Los vecinos buscan las plantas». El resto de la noticia mencionaba a los Bartram, a los Ormiston y a los Beasley, mas no decía nada de los gitanos. Se explicaba que el niño de Ormiston se ha-

bía recuperado, y dedicaba unas pocas líneas a la biografía del señor Albert Ormiston.

Un joven pálido y de expresión melancólica entró en ese momento. Vestía pantalones blancos, una camisa negra, zapatos combinados y una corbata roja. Su cabello relucía a causa de la brillantina que se pusiera. El joven había aparecido a la puerta de la casa dos años atrás, pidiendo un empleo. Theodore, que a la sazón sufría un ataque de reumatismo, le tomó en seguida para hacer la limpieza. Al mediodía se le dio de comer, tras de lo cual se quedó dormido a causa del agotamiento. Gamadge entró en la cocina cuando despertaba el muchacho y le propuso otro empleo menos cansador. Al terminar el día lo hizo instalar en un dormitorio del piso alto.

Gamadge y Theodore, con la ayuda de Athalie, que era la cocinera, le habían mantenido ocupado desde entonces. El mozo explicó vagamente que «acababa de desembarcar» dando su nombre (Harold Bantz) y su edad (diecisiete años). Por su manera de hablar adivinó Gamadge que se había criado en los alrededores de Nueva York, mas nunca le formuló preguntas que no se refirieran al trabajo. El joven llegó a ser un competente ayudante, que asistía sin mayor entusiasmo a los cursos de estudio sugeridos y pagados por su jefe. No tenía peculiaridades especiales, aparte de su lamentable gusto para vestir y su aversión hacia los magníficos platos preparados por Athalie. Prefería consumir los extraños alimentos que le gustaban en los mostradores de los bares y restaurantes. Gamadge opinaba que tenía un porvenir más o menos brillante como hombre de ciencia.

Harold indicó el autógrafo que tenía Gamadge en la mano y dijo:

—La tinta está bien y el papel también.

—Escriba al cliente y dígaselo. Agregue que el autógrafo es sin duda auténtico, pero que nunca he visto otro y que no puedo probar nada sin hacer comparaciones. Dígame que una investigación de esa naturaleza le costará mu-

cho dinero, más del que esto valdrá nunca, aunque se lo llegue a autenticar como se debe. —Le entregó el papel y preguntó acto seguido—: ¿Ha leído algo en el diario sobre unos envenenamientos con dulcamara ocurridos en Maine?

—Sí, aunque no decían mucho.

—Aquí dicen que fue un accidente. Dos de los niños se recuperaron, uno murió y el otro ha desaparecido. Parece haber un misterio respecto a la manera en que estos niños obtuvieron las bayas. Esta noche voy allá y me alojaré en una hostería llamada Burnsides. No sé qué teléfono tiene; si quiere comunicarse conmigo, lo podrá hacer por intermedio de la central de Ford's Center. Volveré el lunes en la mañana; mi tren sale de Grand Central esta noche a las veintidós. Dispone usted de una hora y media para leer lo que encuentre sobre la dulcamara venenosa; haga un resumen de lo que halle en los libros. Pruebe con la Botánica, los libros médicos y la enciclopedia; no sé nada respecto a la planta.

—Bien —repuso Harold.

—Si necesito más informes, le llamaré por teléfono, quizá mañana por la tarde. Es posible que use el código.

Se iluminó el rostro saturnino de Harold, reflejándose en él una genuina expresión de placer. Él mismo había ideado el código, sin el cual se figuraba que alguna vez peligraría la vida de ambos. Gamadge fingía reírse del asunto, pero a veces le había resultado útil.

—No deje que se escape Martín —continuó—. La última vez tuve que pagar nueve dólares en avisos y una recompensa al que me lo trajo.

—Bien.

—Si dice «bien» otra vez, me volveré loco. ¿Es que no tiene vocabulario?

Harold preguntó en el tono de siempre:

—¿Qué vocabulario usaría usted si tuviera que decir «sí» todo el tiempo?

—¡Qué sé yo! Vaya a trabajar y yo me prepararé.

Una hora y media más tarde, cuando Gamadge se disponía ya a partir, Harold le entregó unas hojas de papel escritas a máquina.

—Magnífico. —Gamadge les echó un vistazo—. Veamos. *Solarium Nigrum Linnaeus*. También «Dulcamara Venenosa» y *Atropa Belladonna*. Ése es el veneno, ¿eh?

—Sí. Más adelante hay algunas notas sobre la atropina.

—Ya veo. La planta crece en casi todo el mundo, en lugares sombreados y boscosos. Lo ignoraba. «Nota sobre la atropina»: Ciento diez milésimas partes de un gramo es la dosis normal, y tres centésimas de gramo suele matar a una persona, porque se absorbe con tanta rapidez que los antídotos no alcanzan a surtir efecto a tiempo. Los primeros síntomas son la sequedad de garganta y nariz; se producen mareos y a veces delirios; se cae en estupor, y después, al cabo de varias horas o... ¡cielos!..., o de varios días, se produce la muerte. Ésta es motivada por la paralización del corazón y del sistema respiratorio.

—Sin dolor —manifestó Harold.

—Es verdad, lo cual resulta consolador. Y los niños se libran de los efectos mucho mejor que las personas mayores. Pero uno de estos niños no sanó; quizá no fue atendido con suficiente rapidez. ¿Qué aspecto tiene la planta?

—Le hice un dibujo.

—Magnífico. Aquí está, y bastante bien, aunque algo estilizado. ¿Dónde está la descripción? Crece hasta bastante altura: noventa centímetros. Las bayas son muy bonitas: grandes, negras, brillantes, de gusto dulzón. Pero la planta tiene un olor desagradable y toda ella es venenosa. Algunas personas las cultivan en sus jardines. ¡Uf! Bien, me voy. Adiós y gracias por esto, Harold. Es lo que necesitaba.

Tomó su abrigo de manos de Theodore, recogió su maleta, saludó a Athalie con la mano y tropezó con Martín, el que hacía toda clase de esfuerzos para salir de la casa antes que su amo.

CAPÍTULO 2

El detective Mitchell, hombre fornido, de cabellos grises y ojos azules muy penetrantes, no solía expresar sus emociones, pero su rostro inexpresivo se iluminó levemente cuando dio la mano a Gamadge el sábado por la mañana.

—Le agradezco su atención —manifestó—. El *sheriff* le manda decir que tal vez pueda conseguir que le paguen los gastos, lo cual sería muy justo. El viaje no es barato y la hostería cuesta bastante.

—Les agradezco a ambos —replicó Gamadge con una sonrisa—. ¿Pero de dónde saldría el subsidio? ¿De la Sociedad de Mejoramiento Comunal?

—Ya pensará que necesitamos mejoramientos cuando se entere de todo. Pero no le diré una sola palabra hasta que haya desayunado. Allí tengo mi coche.

Se apoderó de la maleta del visitante y le condujo por el andén hacia un viejo automóvil de dos asientos. Gamadge aspiró el aire de la mañana mientras Mitchell ponía la maleta en el baúl de equipajes.

Poco después salían de Ford's Center y tomaban la carretera que se extendía entre campos sembrados y apacentaderos, uno que otro bosquecillo de pinos, un manzanar y una antigua granja.

—Allí está la curva que va hasta la Playa de Ford —dijo Mitchell—. Estamos a mitad de camino hacia Burnsides.

Un cupé pequeño se cruzó con ellos a marcha lenta. Lo guiaba una anciana vestida de negro que les favoreció con una sonrisa benévola.

—Otra visitante madrugadora, y a juzgar por su expresión, no parece muy inteligente —comentó Gamadge.

—Se aloja en el Pegram House —manifestó Mitchell—. Pero no tengo el placer de conocerla.

Cuando se aproximaban a una arboleda les salió al encuentro un policía montado en una motocicleta y Gamadge se asomó para saludarlo con la mano.

—Es el joven Pottle, ¿verdad? —preguntó, observando al joven moreno y de rostro solemne que se alejaba.

—Sí. Va a montar guardia cerca de los gitanos.

—¿Así que los vigila?

—Me pareció conveniente. Todos sus hombres regresaron a Boston la semana pasada y en el campamento no quedan más que las mujeres y los niños. Además, si husmean dificultades tratan de desaparecer lo más pronto posible. Se trasladan con rara velocidad para disponer sólo de una carreta, y nunca se sabe si lo hacen porque les remuerde la conciencia o sólo porque son gitanos. Queremos vigilarlos bien hasta que aclaremos este asunto.

—¿Es verdad que les culpan de los envenenamientos?

—Sí.

Apareció el campamento en medio de un claro entre los pinos. Era una sucia aglomeración de tiendas, montones de basuras y ropas desteñidas colgadas a secar. Un viejo caballo les miró desde detrás de la carreta, junto a la cual vieron un antiguo automóvil de alto chasis y carrocería inclinada. Una joven con un bebé en brazos se encontraba sentada sobre un cajón, contemplando sin interés a los que pasaban por el camino.

—Es la gitana más bonita que he visto —declaró Gamadge—. ¡Caramba, Mitchell! Parece que van a resultar románticos.

—No tienen nada de eso. Espere hasta que los conozca.

Un kilómetro más adelante se hallaba Burnsides a la derecha de la carretera. Se trataba de un edificio bajo y rectangular que se elevaba en medio de un patio desprovisto

de árboles, y en cuya parte trasera se hallaban los graneros y garajes. En el hogar del *hall* ardía un alegre fuego de leños, y a la entrada se hallaba el señor Burnsides para dar la bienvenida al viajero. Era el posadero un individuo delgado y de rostro rubicundo, que usaba ropas de confección.

—En el piso alto, señor Gamadge —dijo—. Es usted el primero de los huéspedes de la temporada invernal y, puede elegir el cuarto que guste, aunque le he destinado uno de atrás con baño.

—Me parece muy bien —repuso Gamadge.

—No tenemos servicio especial, pero puede gritar desde lo alto de la escalera si necesita algo. Mi esposa dice que el desayuno estará listo cuando lo desee.

—Deme veinte minutos.

Gamadge se bañó y afeitó, poniéndose luego un traje de lana. Después se unió a Mitchell en el comedor. La obesa señora Burnsides les sirvió cereales con leche, café, huevos con tocino, pastelillos de bacalao y legumbres con escabeche. Una vez que terminaron de desayunar y se instalaron cómodamente frente al fuego, Mitchell puso una libreta sobre sus rodillas y llenó su pipa.

—¿Ya sabe algo más que anoche sobre el asunto? —inquirió.

—He consultado algo sobre la dulcamara venenosa y la atropina, pero nada más.

—Entonces comenzaré por el principio, dándole una idea topográfica del caso. Ya conoce las dos rutas que se toman desde esta comunidad para llegar a Oakland: el atajo que cruza un bosque y sale en la encrucijada a este lado del puente de Oakport, y el camino regular que parte de la carretera a dos kilómetros al norte de aquí, bordea los bosques y pantanos, y cruza la encrucijada hasta llegar a Oakport Point. La jefatura de la policía del estado se encuentra en la encrucijada y hacia allí iba seguramente el joven Trainor cuando patinó su motocicleta. Lo hallaron a mitad de camino del atajo; es un sendero malo, y durante la noche

es más negro que la tinta; blando donde no hay piedras y lleno de baches y charcos. Aquella noche estaba apurado y parece que no usó mucho la cabeza.

»No necesito recordarle ese caminito secundario que sale de Oakport, pasa por Tucon y llega a la costa al sur de Harper's Rock. Este último punto es una colonia veraniega y la mayor parte de sus habitantes se van para el Día del Trabajo^[1], pues desde entonces no se lleva más mercaderías desde Oakport o Ford's Center. Hay que hacer viajes de nueve kilómetros en procura de leche, vegetales y hielo. Los Ormiston fueron los últimos que quedaron, y el martes estaban preparándose para partir.

»El camino da una curva al pasar el último chalet y por el kilómetro se extiende hacia el oeste. Después dobla hacia el norte en dirección a Baitwon. El viajero también puede volver pasando frente a la granja de los Beasley hasta llegar a esta carretera a unos tres kilómetros más arriba de este punto. Entre el camino del este y el del oeste hay un bosque muy espeso, con un sendero que corre desde Harper's Rock y termina poco más abajo de la granja de Beasley. Se puede transitar en auto, pero hay que tener cuidado con los tocones enterrados en el paso.

»¿Se da cuenta? Es una especie de herradura; nueve kilómetros desde Oakport hasta Harper's Rock, un kilómetro en toda la curva, nueve kilómetros desde la granja Beasley hasta el campamento de los gitanos. Ahora bien, el martes por la mañana...

—Espere un momento —interrumpió Gamadge—. ¿Dónde estaban todos esos niños cuando obtuvieron la dulcamara? ¿Y por qué habían convergido?

—¿Convergido?

—Sí. Supongo que habrán estado juntos.

—¿Juntos?

—Cuando obtuvieron la dulcamara —repitió Gamadge con gran paciencia.

—No convergieron. Estaban en sus respectivas casas.